



Los misterios del Rosario

Fray Manuel Ángel Martínez, O.P.

El término «misterio» entró en el vocabulario del Rosario por primera vez en los estatutos de la cofradía de Venecia, en 1480, donde se enumeran los quince misterios distribuidos en tres series: gozosos, dolorosos y gloriosos. Al año siguiente se encuentra también en los estatutos de la cofradía de Florencia (1481). La palabra «misterio» se refiere en este caso a los principales momentos de la vida de Cristo. También en el siglo XV el dominico Félix Fabri alude en una de sus obras a la distribución de los temas de meditación del Rosario en cuatro series donde, además de los quince temas ya conocidos, añade los cinco siguientes: el Bautismo del Señor, la tentación en el desierto, la elección y vocación de los discípulos, la enseñanza y los milagros de Jesús y la institución de la Eucaristía. No obstante, aunque ya desde el comienzo de la historia de esta devoción existió diversidad de métodos en el rezo del Rosario, predominó la distribución de los misterios en las tres series conocidas, hasta que el papa Juan Pablo II en el año 2002 añadió una cuarta, la de los misterios luminosos. Durante las décadas anteriores existía en la Iglesia un clima que propiciaba la introducción de nuevos misterios en el rezo del Rosario, al que salió al paso el directorio *Ecclesiae imago*, para el ministerio pastoral de los obispos (22 de febrero de 1973), donde se dice que «entre los piadosos ejercicios [...] sobresale el rosario mariano [...] como una forma de piedad propia de la Iglesia [...]. Tratándose de una práctica difundida en todo el mundo, los misterios del Rosario no pueden ser cambiados por un obispo a no ser con el previo acuerdo de la propia conferencia episcopal y de la Sede Apostólica».

Desde muy pronto se vio la necesidad de «meditar» los misterios del Rosario para que esta oración no se convirtiera en mecánica y rutinaria. Así, por ejemplo, en 1573, el dominico italiano Andrés Gianetti, asistente del Maestro de la Orden de Predicadores Serafino Cavalli, escribió un libro en el que propone una meditación y oración para cada uno de los quince misterios, con textos de Fray Luis de Granada. Como este dominico español, Gianetti subraya la necesidad de alternar sin cesar la oración vocal y la meditación. Varios siglos más tarde el papa Pablo VI subrayaba que la contemplación de los misterios es un elemento tan esencial al rezo del Rosario, que si llegara a faltar esta oración se volvería semejante a un cuerpo sin alma, y su rezo correría el peligro de convertirse en una repetición mecánica de fórmulas. El Rosario bien rezado es una oración eminentemente contemplativa. Según decía Juan Pablo II, forma parte de la mejor y más reconocida tradición de la contemplación cristiana.

¿Por qué hay que contemplar los misterios de la vida de Cristo? Porque para ir al Padre tenemos que pasar por Jesús, tenemos que contemplar e imitar los misterios de su vida. Sus acciones, sus palabras y sus gestos son verdaderos misterios, son medios de salvación, son fuente de vida eterna. Hay en ellos un significado oculto que no aparece a simple vista; por eso se nos invita a meditarlos una y otra vez. Pero más allá de los misterios, lo que realmente nos interesa es la persona de Cristo: queremos buscarle a Él, entrar en comunicación con Él; entablar con Él una comunión de vida. Ahora bien, durante nuestra existencia terrena sólo podemos alcanzar a Cristo a través de sus misterios, ya sea celebrándolos en la liturgia, especialmente en la Eucaristía, o meditándolos en el rezo del Rosario, o imitándolos en nuestra actividad. La meditación de los misterios del Rosario nos ayuda poderosamente a modelar nuestro corazón a imagen del corazón de Jesús. Y esto, a su vez, nos conduce necesariamente a «anunciar a Cristo». El Rosario es, además, una oración de intercesión.

María fue la primera que contempló los misterios de su Hijo. Algunos los vivió en propia carne. El evangelista san Lucas alude a la dimensión contemplativa de María en dos ocasiones en las que nos dice que «conservaba todo esto en su corazón». El Rosario es contemplar a Cristo con los ojos de María. Como enseña Juan Pablo II en su Carta apostólica sobre el Rosario, esta oración nos lleva a recordar a Cristo con María, a comprender a Cristo desde María, a configurarnos con Cristo a través de María, a rogar a Cristo con María. Se trata de un modo insuperable de ir a Jesús por medio de la Virgen. El Padre ha querido expresamente asociar a María a la misión de su Hijo como «nueva Eva» que acompaña siempre a Cristo, «nuevo Adán», en la renovación del mundo. Además, María fue y sigue siendo la gran evangelizadora de nuestro mundo.

Pasando a comentar brevemente los misterios, la primera serie, en orden cronológico, está constituida por los misterios **gozosos**, que se caracterizan efectivamente por el gozo que produce *el misterio de la Encarnación* y los acontecimientos que lo rodean. La Encarnación del Hijo de Dios es como decía el papa Pablo VI, retomando una antiquísima expresión, el «acontecimiento de los siglos». María fue la primera en meditar las palabras del Ángel Gabriel, y no cesó de confrontarlas con los acontecimientos de la vida de Jesús. Se ha dicho que este primer misterio no hace número con el resto, sino que está presente y activo en todos los demás, pues nos recuerda que el que vive, predica y actúa, muere y resucita es el Hijo de Dios que se hizo hombre. En la Anunciación el Ángel invita a María a la alegría. Esa misma alegría alcanza al universo entero.

El gozo es también patente en el segundo misterio: *la visitación de María a santa Isabel*, donde la voz de la Virgen y la presencia oculta de Jesús en el seno de su madre hacen saltar de alegría a Juan el Bautista. Ese mismo gozo se refleja en el cántico del Magnificat.

El Ángel del Señor anuncia a los pastores el *nacimiento del Señor* como «una gran alegría para todo el pueblo». A pesar de la pobreza en la que se desarrolla este acontecimiento, el nacimiento de un hijo y, sobre todo, el nacimiento del Mesías llenó de gozo el corazón de María y el de su esposo José, y el de todos aquellos que recibieron el anuncio de este acontecimiento y lo acogieron con fe.

La *presentación del niño Jesús en el templo* es también un motivo de gozo para María y José, para el anciano Simeón y para la profetisa Ana; pero las palabras de Simeón anuncian ya el drama de la cruz: este niño se convertirá en señal de contradicción para Israel, y una espada traspasará el alma de la madre.

Una mezcla semejante de gozo y de dolor encontramos en el misterio que narra el episodio de *Jesús en el templo a la edad de doce años*, donde se muestra su sabiduría en las preguntas y en las respuestas que da a los doctores de la ley, y se revela el misterio de su filiación divina y su vocación de dedicarse por entero a las cosas de su Padre del cielo, por encima de los lazos más profundos del afecto humano. María y José, angustiados por esa separación de varios días, no comprendieron entonces las palabras de Jesús. Meditar los misterios gozosos nos ayuda a descubrir el sentido y los motivos más profundos de la verdadera alegría cristiana.

Los misterios **luminosos**, introducidos más recientemente, vienen a enriquecer notablemente el rezo del Rosario, aunque ya eran meditados en la liturgia de la Iglesia. El primero, el *Bautismo del Señor en el Jordán*, no sólo representa el comienzo de su aparición en público, sino que constituye también una verdadera revelación de su misterio. A partir del Bautismo la vida de Jesús dio un giro radical: lo abandonó todo para ocuparse únicamente de anunciar el reino de Dios.

El segundo misterio lo constituye *la revelación de la gloria de Jesús en las bodas de Caná*; gracias a este primer signo de la conversión del agua en vino, en el que intervino de forma decisiva la fe de María, los discípulos del Señor recibieron un notable impulso en su fe.

El tercer misterio es *el anuncio del reino de Dios y la invitación a la conversión*. Para entrar en el Reino necesitamos desarrollar ciertas actitudes en nuestra vida: tenemos que acogerlo como un niño, hacernos pequeños, buscar su justicia, dar frutos de buenas obras, amar a Dios con todas nuestras fuerzas y amar al prójimo como a nosotros mismos, negarse a uno mismo y tomar la cruz cada día, no mirar para atrás una vez que nos hemos puesto en marcha, etc.

El misterio de *la Transfiguración* tiene ciertas semejanzas con el del Bautismo. En la Transfiguración el Padre interviene para decirles a Pedro, Santiago y Juan quién es Jesús y cuál debe ser la actitud correcta ante él. Jesús es el Hijo amado del Padre, y ante él sólo cabe ponerse a la escucha, porque a través de él Dios Padre nos muestra su amor.

El último misterio luminoso es la *institución de la Eucaristía*. La Eucaristía es como el testamento de Jesús. En la Eucaristía Jesús no nos ha dejado algo de sí mismo, sino que se entrega totalmente a nosotros. No comprender o no valorar este sacramento es no comprender ni valorar a Jesús. Despreciar este sacramento es despreciar a Jesús. En este gesto Jesús concentró toda su vida.

Los misterios **dolorosos** comienzan por *la oración de Jesús en el huerto de Getsemaní*. Es un momento impresionante en el que Jesús confía su angustia a los discípulos más íntimos. Jesús afronta la traición y la muerte próxima mediante la oración. Se ha dicho con mucho acierto que Getsemaní es una escuela de oración. Como en los otros misterios, nunca alcanzaremos a agotar su significado. Como dice Romano Guardini, «la noche de Getsemaní es inagotable. Cada uno ha de llevarse de ella lo que su corazón puede abarcar».

El segundo misterio doloroso es el de *la flagelación*. Ante el fracaso de su estrategia, y para no comprometer su carrera política, Pilato cedió a las presiones de los judíos y entregó a Jesús a la muerte, pero no sin antes

lavarse las manos, indicando así públicamente su inocencia respecto al derramamiento de esta sangre inocente. Pero este gesto no le excusa, pues él sabe que tiene la autoridad y la última palabra en este asunto, aunque con este gesto quiera eximirse de su responsabilidad.

A diferencia de Mateo y Marcos, el evangelista san Juan presenta la flagelación de Jesús, no como un prelude de la crucifixión sino como una medida arbitraria, aunque Pilato estaba convencido de su inocencia. La flagelación precede aquí a la sentencia final. Pilato pretendía provocar con este castigo la piedad de los judíos y librar a Jesús de la muerte.

Comparativamente la flagelación romana era más cruel que la judía. En el libro del Deuteronomio se dice que «si el culpable merece azotes, el juez le hará echarse en tierra en su presencia y hará que le azoten con un número de golpes proporcionado a su culpa. Podrá infligirle hasta cuarenta azotes, pero no más, no sea que al golpearle más sea excesivo el castigo, y tu hermano quede envilecido a tus ojos» (25, 2-3). No se dice aquí si este castigo debe aplicarse con varas, bastón o látigo. Con el tiempo esta prescripción se hizo más dura, olvidando el espíritu moderado del Deuteronomio. La tradición rabínica recomendaba al verdugo golpear con todas sus fuerzas y no le imponía ningún castigo en el caso de que el reo muriera. Sin embargo, para mantener escrupulosamente el formalismo de la ley se suprimía el último golpe por miedo a sobrepasar la cifra límite de cuarenta azotes.

Entre los romanos no existía un tope al número de golpes. La dureza de este castigo se debía además a los instrumentos utilizados, a la crueldad de los verdugos y a su carácter vergonzante por tratarse de un suplicio degradante propio de esclavos, y que comenzaba por desnudar públicamente al reo y atarlo a un palo o una columna. Con razón la palabra «azote» ha pasado a la historia, en varias lenguas, como símbolo de la máxima calamidad y desgracia. Entre los instrumentos utilizados estaba el *flagrum* o azote compuesto de varias correas o cadenas con bolas o trozos de hueso en las extremidades (*plumbata*); estaba también el *flagellum*, que era semejante al anterior, pero compuesto de un material más delgado; resultaba más doloroso porque desgarraba la carne más fácilmente. Con los soldados desertores se practicaba el *fustuarium* o apaleamiento con gruesos bastones hasta provocar la muerte; los *lictores* utilizaban las *fasces* (o instrumentos compuestos de un hacha rodeada de un pequeño haz de varas) para azotar a determinados criminales a quienes se remataba con el hacha.

En el misterio de la flagelación descubrimos a Jesús como el Siervo doliente profetizado por Isaías. No sabemos con certeza dónde se desarrolló esta escena, pero aunque no lo diga expresamente, el cuarto evangelio nos da a entender que ocurrió en el pretorio. Desconocemos también el instrumento utilizado, el tiempo que duró y el número de golpes administrado. Si se admite la autenticidad de la Sábana Santa de Turín, los estudios realizados sobre ella nos informan que habría sido flagelado desnudo, recibiendo golpes en la espalda, en los glúteos, en las piernas, en el pecho, en el vientre,... salvo en la parte del pecho que oculta el corazón. Los golpes fueron fuertes, sin recaer dos veces sobre el mismo lugar. Las señales estampadas en la Sábana Santa nos indican que probablemente se utilizó un látigo de tres correas rematados por 6 bolitas de plomo o 6 huesos pequeños. Los latigazos pudieron ser 40. Mientras tanto Jesús permanecía atado a una columna baja, de menos de un metro de altura, con el fin de mantener el cuerpo en una postura curva y administrarle mejor los golpes.

Algunos testimonios del siglo IV señalan la columna en la que Jesús fue flagelado. San Jerónimo, en una de sus epístolas, le habla de ella a santa Paula. En 1223 el cardenal Juan Colonna la hizo transportar a Roma para colocarla en la iglesia de Santa Práxedes, donde se venera hasta el día de hoy. Esta columna tiene 75 cm. de altura y 45 cm. de diámetro en la base; es de mármol negro con vetas blancas. Tiene la forma de un pedestal y en su parte superior parece haber tenido una argolla.

Algunos comentarios del pasado asocian este misterio al vicio sutil de la búsqueda de nuestra propia gloria, que se ramifica de mil maneras y se insinúa en todo lo que hacemos, disfrazado bajo los más engañosos pretextos para escapar mejor a nuestra propia mirada interior. Tal vicio contrasta con la actitud humilde de Jesús durante toda su pasión.

El tercer misterio, *la coronación de espinas*, forma parte de la escena de las burlas y el escarnio que los soldados infligieron a Jesús después de haberlo flagelado: lo condujeron al pretorio, reunieron a toda la cohorte, lo despojaron de su ropa, le pusieron un manto rojo, y en la cabeza una corona de espinas y en la mano una caña; doblaban ante él la rodilla y le hacían burla diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!»; le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza.

En el cuarto misterio doloroso contemplamos a *Jesús cargado con la cruz camino del Calvario*; como su cuerpo había quedado tan debilitado por la flagelación, apenas tenía fuerzas para recorrer aquel *via crucis*,

por eso los soldados tuvieron que echar mano de un tal Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo. El hecho de que se anoten estos nombres indica quizás que estos personajes pasaron al cristianismo y que los primeros destinatarios del evangelio los conocían. San Lucas nos cuenta el encuentro de Jesús en la vía dolorosa con las hijas de Jerusalén que lloraban de compasión.

El último misterio doloroso es *la crucifixión y muerte de Jesús*. San Mateo y san Marcos recogen ese grito desgarrador de Jesús: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* En cambio san Lucas anota la intercesión de Jesús por sus verdugos y por todos los que de algún modo tienen que ver con su crucifixión: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*; y también sus últimas palabras cargadas de confianza: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. En el evangelio según san Juan, Jesús muere diciendo: *Todo está cumplido*. Pero antes Jesús ha expresado su sed de salvar a la humanidad y ha entregado a su madre al discípulo amado, representante de todos los discípulos fieles de la historia. La muerte de Jesús nos enseña a todos los cristianos cómo debemos afrontar nuestra propia muerte. La actitud de Jesús a lo largo de toda su pasión sigue siendo ejemplar para todos sus discípulos. El apóstol san Pedro la resumió en su primera carta con estas palabras: «Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando le insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado».

Los misterios *gloriosos* son una explosión de esperanza. El primero, *la resurrección de Jesús*, es el fundamento de nuestra esperanza. Como dice san Pablo, si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe, vana es también nuestra esperanza y vanas son igualmente nuestras oraciones. Este misterio nos asegura que, así como Jesús resucitó, también nosotros resucitaremos. La resurrección de Jesús es el paso al mundo del Padre. Su resurrección se diferencia de la nuestra en que la suya es causa de la nuestra. En la resurrección de Jesús lo que está en cuestión no es sólo la justicia de Dios, sino también su poder. El Dios en el que creemos es tan poderoso que es capaz de resucitar a los muertos.

El misterio de *la ascensión del Señor* es la prolongación del misterio anterior. En su ascensión Jesús nos ha precedido y ha ido a prepararnos un sitio en la casa del Padre, nuestro hogar definitivo.

La venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y, a través de ellos, sobre toda la Iglesia asegura la presencia de Jesús en medio de nosotros. La víspera de su pasión Jesús había prometido a sus discípulos que nos los dejaría huérfanos. El Espíritu, además de ser el Abogado Defensor y el Consolador de los cristianos, es el que nos trae a la memoria todo lo de Jesús, sus palabras y sus acciones, sus misterios. Toda oración también el Rosario se hace en el Espíritu. Él es el protagonista principal de nuestra vida espiritual. Él es quien nos impulsa a rezar el *Padrenuestro*, pues, como dice san Pablo, es el Espíritu quien nos hace llamar a Dios «Padre». Él es también el que nos conduce a la verdad completa, el que nos enseña a vivir el evangelio en las circunstancias concretas por las que atravesamos.

El misterio de *la asunción de la virgen María a los cielos* nos hace pensar en nuestro futuro último. Como María, también nosotros estamos llamados a entrar en los cielos con todo lo que somos, aunque transformados por el amor de Dios. Desde el cielo, al lado de Jesús, María intercede por cada uno de sus hijos. Ahora nos conoce por nuestro nombre, conoce nuestras preocupaciones y dificultades y nos ama como a verdaderos hijos.

Finalmente, el misterio de *la coronación de María como reina y madre de todo lo creado* nos hace meditar en la realeza de María y en la realeza de todo cristiano. En el bautismo hemos sido ungidos con el santo Crisma como sacerdotes, profetas y reyes. Los cristianos participamos en la realeza de Cristo. Por medio de los cristianos Cristo sigue extendiendo su reino de verdad, de vida, de santidad, de gracia, de justicia, de amor y de paz; un reino en el que la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción e introducida en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

Meditar los misterios de la vida de Cristo, los misterios del Rosario, nos proporciona un inmenso caudal de vida. Nos ayuda a iluminar la realidad con una luz nueva; nos acerca a Dios, haciéndonos entrar en el mundo de su «preocupaciones», y, por ello, nos hace más sensibles a las necesidades de la gente que nos rodea. El Rosario sigue siendo una oración capaz de revitalizar la vida espiritual de todo cristiano.